

Warhol hasta en la sopa *Grandes exposiciones celebran al artista inagotable*  
Soledad Becerril *Entrevista a una pionera de la democracia española*

# EL PAÍS SEMANAL

+ ESPECIAL  
HOMBRE  
P. 84


Nº 2.059 Domingo 13 de marzo de 2016

# Chernóbil

TREINTA AÑOS DESPUÉS

POR JOHN CARLIN

FOTOGRAFÍA DE FERNANDO MOLERES



EN PORTADA

# CHERNÓBIL

## LA SOMBRA DE UNA CATÁSTROFE

POR JOHN CARLIN  
FOTOGRAFÍA DE FERNANDO MOLERES

Un paseo por Pripíat es como recrear una metáfora de la decadencia y caída de la Unión Soviética. Lo que en su día fue una bulliciosa y moderna ciudad muestra ahora el decorado fantasmagórico de una tragedia ocurrida hace 30 años. Estamos en Chernóbil, el escenario del peor accidente nuclear de la historia. El polvo, la herrumbre y las ruinas comunistas conviven hoy con las obras de una gigantesca estructura, tan alta como un rascacielos, con la que se pretende enterrar el reactor que explotó en 1986. Esta zona de Ucrania es una tierra condenada durante 100.000 años, el tiempo que tardará en desaparecer la contaminación. Pero algunos aún viven aquí.



ran los últimos días de abril de 1986, había llegado la primavera y Viktor Kibenok no podía ser más feliz. Su esposa, Tatiana, y él tenían 23 años, estaban enamorados y esperaban su primer hijo, conscientes de la suerte que tenían de vivir en un moderno piso de dos dormitorios en la ciudad más nueva y glamurosa de Ucrania, tal vez de toda la Unión Soviética.

Pripíat, con 43.000 habitantes, era un monumento al sueño socialista. La avenida Lenin, la principal vía de la ciudad, era amplia y arbolada, flanqueada por relucientes bloques de viviendas de color blanco. Las señales de neón con la hoz y el martillo colocadas en las farolas iluminaban las calles de noche. De día, los rosales en flor alegraban los parques.

Había un teatro en la misma calle en la que vivían los Kibenok, en el que se representaban obras que conmemoraban la revolución de 1917, la victoria sobre el fascismo en la Segunda Guerra Mundial y los logros obtenidos por el Partido Comunista desde entonces; tenía la comodidad de contar con un colegio excelente cerca, así como un polideportivo con una piscina olímpica, un restaurante que los fines de semana se llenaba de jóvenes familias, un estadio de fútbol, un hotel de lujo en el que se alojaban las figuras del partido y los científicos destacados que llegaban desde Moscú a inspeccionar la fuente de orgullo, satisfacción y empleo para la ciudad, la central nuclear de Chernóbil, a solo tres kilómetros. Lo que más ilusión hacía a la joven pareja era que se acababa de terminar la construcción de un parque de atracciones cuya esperada inauguración oficial estaba prevista para el 1º de Mayo, la gran fiesta nacional. Tatiana y Viktor aguardaban con impaciencia el día en

el que pudieran llevar a su pequeño a montar en la noria y los coches de choque.

Las cosas les iban bien y prometían ir mejor, pero Tatiana tenía un motivo especial para estar contenta de haberse ido con Viktor de su ciudad natal, Ivánkiv, a 50 kilómetros al sur. La novia anterior de Viktor había sido la mejor amiga de Tatiana. En su círculo social, todos habían tachado a Tatiana de traidora y ladrona. Nadie parecía echar la culpa a Viktor, a quien sus viejos amigos recordaban como el chico más popular de la clase. Ahora era bombero, y a todo el mundo le gustan los bomberos, pero además era divertido, lleno de energía, afable y listo, dado a soltar ilusionantes consignas filosóficas del estilo: "Disfruta de la vida. No tienes más que una".

La noche del 26 de abril, justo antes de las 1.30, sonó el teléfono. Se había producido un accidente en la central nuclear. Necesitaban que Viktor fuera inmediatamente.

Y aquello fue el fin de Pripíat y del sueño de los jóvenes enamorados.

**A**l frente de un equipo de siete bomberos que recibieron la orden de entrar en el reactor nuclear número cuatro, cuyo tejado de mil toneladas había saltado en pedazos por una explosión, Viktor cumplió con su deber, plenamente consciente de que podía costarle la vida. A trompicones entre los escombros, casi sin ver por las nubes de polvo nuclear de un color gris lechoso, él y sus hombres lucharon para apagar las llamas y se expusieron a una radiación un 50% superior al extremo letal que puede soportar un ser humano. El rostro juvenil de Viktor enrojeció en 15 minutos como si hubiera estado todo un día expuesto a un sol feroz, y empezó a caersele la piel. Pero mucho peores fueron las lesiones invisibles. La radiación empezó a matar en silencio sus células sanguíneas y a atacar sus órganos vitales. Aquejados por náuseas y temblores, deseando creer que se debía al espeso humo, Viktor y sus hombres fueron trasladados en plena noche a un hospital en Kiev, a dos horas de distancia; un par de días después lo llevaron de allí en avión a Moscú.

Tatiana llegó a la cabecera de su cama y le dijo que en su pueblo estaban calificándole de héroe, que habían llegado otros equipos de bomberos de todas partes y las llamas que rodeaban el núcleo ardiente del reactor se habían apagado finalmente al amanecer, con lo

DOBLE PÁGINA ANTERIOR **La zona prohibida.** La carretera nevada se adentra en el perímetro de exclusión, 30 kilómetros alrededor de lo que fue la central de Chernóbil. Hoy es un área fantasma, con más de 800 pueblos y aldeas abandonados. ESTA PÁGINA **El nuevo sarcófago.** Obras de la estructura para confinar definitivamente el viejo reactor.

que se había conseguido el objetivo crítico de evitar que se extendieran al reactor número tres, que estaba justo al lado. Pero las consecuencias del desastre habían sido mucho mayores de lo que pensaron en un principio: el mundo entero estaba conmocionado. El viento había arrastrado partículas radiactivas hacia el norte, a la vecina Bielorrusia; se había detectado un aumento de la radiactividad hasta en Dinamarca. Tatiana le dijo a Viktor que temía que no podrían volver a casa. Habían evacuado Pripíat al día siguiente de la explosión, se habían llevado a todos los habitantes en una flota de 1.200 autobuses, y todas sus posesiones habían quedado atrás.

Viktor y su equipo de bomberos permanecieron en una sala aislada, cada vez más débiles y con más dolores a medida que pasaban los días, mientras los médicos debatían, perplejos, cómo salvarlos. Siempre optimista, Viktor instaba a sus camaradas a mantener el ánimo. "¡Aferraos a la vida!", les decía. El 11 de mayo, no pudo seguir aferrándose más. Murió y los médicos le dijeron a Tatiana que el hijo que esperaba, que pensaban que debía de estar contaminado por el contacto de ella con el padre, debía morir también. Ella siguió su consejo y abortó.

\*\*\*\*\*

**T**reinta años después, en un mundo al que aún le sobrecoge la palabra Chernóbil, visito la que fue la ciudad modelo soviética en la que vivían Viktor y Tatiana. Pripíat, versión siglo XXI de las antiguas ruinas mayas, es el lugar más tenebroso en el que he estado en mi vida. Cuando los habitantes, un tercio de los cuales eran niños, recibieron la orden de la policía y el Ejército de subir a los autobuses, el 27 de abril de 1986, lo hicieron creyendo que pronto iban a regresar. Les dijeron que solo se llevaran los documentos de identidad, algo de dinero y la ropa que llevaban puesta. Desde entonces ha sido una ciudad fantasma.

En la carretera casi desierta que va a Pripíat desde la ciudad natal de Viktor y Tatiana, Ivánkiv, donde yo había pasado mi primera noche en la zona, atravesé dos controles militares, el primero en el límite de la zona de exclusión de Chernóbil, con un radio de 30 kilómetros, y el segundo, con una vigilancia más estricta, en el límite de los 10 kilómetros. En este Estado radiactivo dentro de un Estado, los bosques son

altos y densos, las granjas están en ruinas, y la tierra es llana y está manchada de una contaminación invisible, como permanecerá durante los próximos 100.000 años o más.

**E**l camino para llegar al centro de la ciudad es la otrora espléndida avenida Lenin, que hoy tiene cráteres más que baches, y en la que el paseo que sirve de mediana está repleto de maleza. Los edificios de ocho plantas a cada lado han pasado del blanco al gris, tienen las ventanas rotas y resultan pequeños al lado de unos árboles inmensos que en otro tiempo quizá se podaban pero que nunca más se podrán. La noria del parque jamás inaugurado al que va a parar la avenida se alza oxidado e inmóvil. También están oxidadas las estatuas de la Segunda Guerra Mundial, cuyo recuerdo los ucranios tienen siempre fresco en sus mentes. Puertas destrozadas, paredes desconchadas, sillas y pupitres rotos son lo que queda de las aulas y los pasillos del mayor colegio de Pripíat, donde, en medio de los escombros y los cristales rajados, se ven montones de máscaras de gas sin usar, muñecas de plástico rotas, mapas polvorientos del viejo imperio soviético y libros de texto en cuyas cubiertas medio desgarradas figuran fotografías de Vladimir Lenin con abrigo, corbata y gorra.

Subo a la azotea del edificio más alto de Pripíat, de 16 plantas, encarándome con cielo por escaleras de piedra agrietadas. →



**A DENTRARSE  
AQUÍ ES VIAJAR  
A UN ESTADO  
RADIOACTIVO  
DENTRO DE  
OTRO ESTADO**

**El viejo sarcófago.** Este búnker de acero y hormigón, realizado a toda prisa tras el accidente, alberga el reactor nuclear que explotó en 1986 y que ahora se pretende blindar con más garantías con una nueva construcción.



sorteando con dificultad masas de hierro retorcido, deteniéndome aquí y allí para mirar en los apartamentos destruidos, todos idénticos -dos dormitorios, un pequeño salón, un cuarto de baño y una cocina más pequeños aún- y todos vacíos salvo por algún somier roto o alguna estufa roñosa. No se ve ninguna nevera, ni colchón, ni zapato. Ni un cuchillo o tenedor. Los residentes no volvieron nunca a recuperar sus pertenencias. Todo fue saqueado, dicen, por miembros del Ejército en complicidad con el crimen organizado.

Al mirar desde la azotea sobre esta metrópolis posapocalíptica y, más allá, al paisaje plano como el mar hasta el horizonte, la idea obvia me viene a la mente: si alguien buscara una metáfora de la decadencia, la corrupción y la caída de la Unión Soviética, aquí está. Aquel experimento de ingeniería humana fracasó, igual que el experimento nuclear de Chernóbil. Hoy, bajo un sistema capitalista que aún no ha producido dividendos para la mayoría de los habitantes de Ucrania, la humanidad está intentando recomponerlo.

\*\*\*\*\*

**E**l lugar exacto en el que sucedió la catástrofe, a solo cinco minutos en coche de Pripiat, es un gigantesco solar en construcción, tan dinámico y pululando de vida como muerta está la ciudad. Más de 2.500 trabajadores, empleados por un consorcio internacional que encabeza una empresa francesa llamada Novarka, se empeñan en una hazaña faraónica cuyo propósito es asegurar el reactor nuclear destruido contra las filtraciones radiactivas, al menos durante los cien próximos años. Un antiguo oficial del Ejército soviético, Nikolái Yakovishin, es uno de los ingenieros responsables de la operación. Si antes tenía órdenes de hacer que el mundo fuera más peligroso, hoy dirige una misión para hacerlo más seguro.

Nikolái, de 59 años, es ingeniero de formación y graduado de élite de la academia militar soviética en Moscú. Su último trabajo como soldado fue ser jefe de gabinete en una base de armamento nuclear secreta en el sur de Ucrania, donde esperaba instrucciones para lanzar misiles balísticos intercontinentales en dirección a Londres, Washington o Nueva York. Por fortuna para el mundo, las instrucciones no llegaron nunca; por desgracia para él, un acuerdo firmado entre Bill Clinton y Boris Yeltsin en 1996 cerró su base y le dejó sin empleo. Nikolái, un hombre delgado y enjuto de rostro curtido, me dice que lloró el día que coigó el uniforme por última vez.

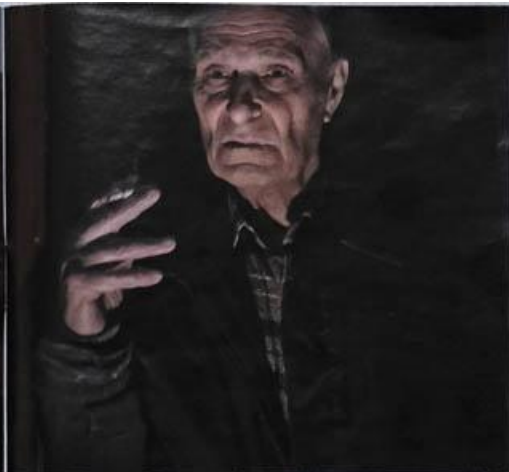
Pero entonces el antiguo enemigo →

ESTA PÁGINA **Un trabajo de alto riesgo.** Dos obreros pasan el tercero de los cuatro controles de seguridad después de haberse adentrado en el área contaminada de radiación. PÁGINA SIGUIENTE **El gran escudo.** Operarios, en el interior de la nueva estructura, en medio de las dos membranas de acero que la componen. **Un trabajador,** de regreso a casa.



—  
"NO SABEMOS  
BIEN CÓMO  
REACCIONA  
EL MATERIAL  
RADIATIVO  
ENCERRADO"

LOS NIÑOS  
HACEN COLA EN  
EL HOSPITAL  
PARA PASAR  
EL CONTROL DE  
RADIACIÓN



PÁGINA ANTERIOR El gran arco (arriba) que albergará el nuevo sarcófago. Debajo, una imagen de Lenin reflejada sobre un colegio abandonado.  
ESTA PÁGINA. Protagonistas. De arriba abajo, Yuri Seremet, que trabajó limpiando la central tras el accidente; Viktor Kibenok, bombero que murió por la radiación; un ingeniero de las obras actuales y Alla Ivanivna, una mujer de 87 años que ha vivido todo este tiempo dentro de la zona de exclusión.

acudió al rescate. Una empresa estadounidense le dio trabajo, la tarea de reparar y mantener la maquinaria pesada de las bases militares de ese país en varias partes del mundo. Aprendió inglés y después del 11-S se encontró ayudando a los norteamericanos a prepararse para la guerra en Afganistán; en 2005 pasó a Irak, donde confraternizó y bebió con los soldados estadounidenses en el Campamento Victoria de Bagdad. "Un día, un oficial americano me dijo: 'Si te hubiera visto hace 15 años, te habría matado'. Yo me reí", recuerda Nikolái. "y le dije: 'No, yo te habría matado a ti!'

Desde 2012, año en el que dejó la empresa estadounidense y fue reclutado por Novarka, su misión trata de evitar la pérdida de vidas; y hoy lo hace al frente de un equipo que hace un atañid gigante. Por lo menos, así es como he visualizado una construcción que lleva cuatro años en marcha y a la que los trabajadores de la zona denominan "el Arco"; su nombre oficial es "el nuevo contenedor seguro" o "el nuevo refugio". Otra imagen que me sugiere es la de un enorme hangar, un edificio abovedado de acero que tiene 110 metros de alto, 160 metros de largo y 260 metros de ancho, que es más alto que la Estatua de la Libertad y más pesado que la Torre Eiffel. En su interior podría caber un estadio de fútbol de 50.000 espectadores.

¿Cuál es su propósito? Cerrar herméticamente el reactor que explotó en 1986, para impedir que las 200 toneladas de combustible nuclear fundido, radiactivo y volátil en su núcleo sigan constituyendo un peligro para el planeta Tierra. O, como explica Nikolái: "Conocemos la teoría, la base científica, pero no estamos seguros al cien por cien de la práctica. No sabemos con exactitud qué sucede dentro, cómo está reaccionando el material nuclear o cómo puede hacerlo en el futuro. Lo que sí sabemos es que debemos encerrarlo".

Eso no significa que el infame cóctel haya estado alegremente expuesto a los elementos estos 30 años. Los soviéticos completaron la construcción de su propio edificio de contención —lo llamaron "el sarcófago"— seis meses después de la explosión. Pero fue un trabajo apresurado y en 2011 el edificio perdió eficacia y fiabilidad, de modo que desde entonces la gente de Novarka ha estado parcheando cuanto ha podido. Algunos de los 2.500 trabajadores involucrados en el proyecto se dedican a asegurar el viejo reactor, una tarea que puede ser peligrosa y que les exige llevar máscara, gafas y trajes blancos como de astronautas; otros se centran en la construcción →